

vendremos otra vez con el espíritu á recorrer estos claustros de la casa paterna, y en alas del recuerdo escucharemos una vez más las frases sabientes del maestro y las cariñosas palabras del amigo.

Que para entonces podamos decir, señor Rector, en lo íntimo de nuestras almas, que hemos sido dignos discípulos vuestros, que la semilla que pusisteis cuidadoso en nuestros corazones no ha quedado sin fruto. Tales son nuestros más fervientes votos.

He dicho.

J. A. C.

Ignacio Gutiérrez Vergara

Señalamos como día fausto en nuestros anales, el domingo 21 de Abril, en que se inauguró, frente al palacio de San Francisco, el busto de mármol del doctor IGNACIO GUTIÉRREZ VERGARA, hijo ilustre del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1).

Los Gutiérrez, oriundos de noble cepa española, se educaron todos en el clásico instituto de Fray Cristóbal de Torres. En el señor don Pantaleón, el *patriarca* de Santafé de Bogotá, se unieron el vivir y porte señorial, con una fe ilustrada y maciza, y la caridad legendaria de quien no se estimaba dueño de sus caudales, sino simple administrador de la hacienda de los pobres. Su hijo, don José Gregorio, juntó á las calidades del padre, ciencia vastísima en letras y derecho; y don IGNACIO, por ley de herencia, benéfica en este caso, recibió las virtudes del abuelo, la sabiduría del genitor, el patriotismo de entrambos.

Era el 5 de Julio de 1816. De las aulas, altas y bajas del Colegio del Rosario, convertido en prisión de nobles por el pacificador Morillo, iban los soldados sacando á los próceres, menos á uno, á quien se notificaba la sentencia de muerte para el siguiente día. Mientras tanto los demás da-

(1) El busto, obra excelente, fue tallado por los escultores colombianos don Silvano y don Polidoro Cuéllar.

ban lentamente la vuelta al claustro, para tornar al calabozo de donde habían salido. En una de las piezas del claustro bajo, se quedó don Gregorio Gutiérrez. Leyóle el fiscal la sentencia de muerte, y la guardia le ordenó salir para ponerlo en capilla. Siguió á juntarse al grupo de otros cinco condenados al patíbulo que ya lo estaban esperando. Por el corredor alto iba la fila larga de los demás presos. Distinguió don Gregorio, entre ellos, la noble figura y la plateada cabeza de don Pantaleón. "Padre! clamó postrándose de rodillas, hasta la eternidad!" El anciano volvió el rostro, se apoyó en la baranda y dio la bendición á su hijo.

"Al día siguiente, dice Quijano Otero, salieron los condenados á muerte (1), entre las filas de una compañía del *Regimiento de Barbastro*, precedida de un piquete de artillería que llevaba un cañón. El fúnebre cortejo salió del Colegio del Rosario, y tomó por la Calle del Comercio, para dirigirse luego por la de San Juan de Dios á la Huerta de Jaime. Al llegar á la esquina de la tercera Calle Real, el doctor Gutiérrez alzó los ojos para dar la última mirada á aquel asilo de sus mejores días, donde quedaban su adorada esposa y los cuatro hijos con que Dios había coronado su amor. Dícese que, al alzar los ojos, vio en el balcón á su esposa doña Antonia Vergara, quien tenía á sus hijos de la mano, vestidos todos de riguroso duelo, porque llevaban ya el luto de la viudez y la orfandad. Todos estaban de rodillas, y Gutiérrez, con la entereza que su padre le había enseñado el día anterior, extendió la mano y dejó caer sobre ellos la bendición sagrada del que va á morir" (2).

Al llegar al lugar del suplicio, el doctor Gutiérrez se quitó el rosario que llevaba al cuello desde niño, en el que había rezado ante la dulce Bordadita, y se lo envió con el

(1) Eran don Emigdio Benítez, don Miguel García Hevia, don Jorge Tadeo Lozano, don Miguel Pombo, don Crisanto Valenzuela, y don José Gregorio Gutiérrez.

(2) *Los Gutiérrez*. Página 9.

sacerdote que lo auxiliaba á su hijo IGNACIO. Aquella prenda era símbolo de la devoción á María Santísima, la postrimera dádiva de un padre, la reliquia de un mártir de la patria. Iba ungida con los tres amores que llenaron la vida de don IGNACIO GUTIÉRREZ: la religión, la familia, la república.

Pasada aquella borrasca de sangre, cuando alboró la libertad al sonido de las dianas de Boyacá, el joven don IGNACIO ingresó al claustro donde pasaron los años de la adolescencia y las horas de la agonía de su padre. Allí acabó de retemplarse aquel carácter, adquirido con la sangre que le corría por las venas, con el ejemplo de los suyos, con prematuros hondísimos dolores; y se forjó al calor de las clásicas disciplinas y de las prácticas de una piedad ilustrada.

No incurriremos en la fácil tentación de llenar la página que sigue con el catálogo de los empleos y dignidades que obtuvo don IGNACIO en su larga vida terrena: así se escribe la biografía de los hombres mediocres, y don IGNACIO GUTIÉRREZ fue un grande hombre.

A diferencia de otros varones ilustres, en cuyas vidas, junto con egregias virtudes, se advierten rasgos desfavorables á su gloria, en la vida de don IGNACIO no existe tacha. Por eso nos ha complacido ver tallada su efigie en bloque de purísimo mármol blanco. Allí tampoco hay sombras.

Fue el mejor hacendista que tuvo la Nueva Granada. Con el uno por mil de lo que le hizo ganar á la república, se había podido consagrarle el monumento más grandioso que hubiera en todo el continente americano.

Al lado del administrador modelo, había en él un castizo y ameno escritor y un brillante apologista católico. Fue del grupo selecto elegido para fundar y sostener con su pluma el periódico *El Catolicismo*, por el grande Arzobispo Mosquera. Mereció don IGNACIO la confianza sin límites de aquel confesor de la fe. Predestinado al heroísmo

del martirio, le tocó al señor GUTIÉRREZ vivir desde niño en compañía de héroes y de mártires.

Cuando, en 1861, triunfó la única revolución armada que ha prevalecido en nuestra patria, principió la épica lucha entre el jefe victorioso y un ciudadano inerme, abroquelado con el deber y la conciencia. Don IGNACIO GUTIÉRREZ, con una pierna fracturada, preso, maltratado, amenazado dos veces con el patíbulo, opuso siempre al *yo lo quiero* del soldado vencedor, el *no debo* del hidalgo vencido. Y pudo más en la pugna la mansa firmeza del uno que la arrebatada violencia del otro. Un hombre convencido y recto que dice NO, es más invulnerable que Aquiles.

Recordamos haber visto, cuando muy niños, un espectáculo que despertó todo el interés y curiosidad que puede sentir un ánimo infantil. Del puente de San Francisco hacia la Calle Real iba marchando un pelotón de soldados armados, que llevaban un preso en el centro. Empinándonos alcanzámos á ver que era un anciano, de bigote y cabellos blancos, corta estatura, rostro nobilísimo, intachable vestido y porte. Al pasar por frente á la casa del señor don Juan Antonio Pardo, este caballero se asomó al balcón y gritó con fuerza: “¡ Viva el doctor IGNACIO GUTIÉRREZ, digno Presidente de Cundinamarca !” Alguien nos dijo que el preso era el mismo señor GUTIÉRREZ. Aquello sucedió el 10 de Octubre de 1868.

Después tuvimos el honor de conocer de cerca al repúblico insigne, y nos pareció tan admirable por la humildad, cortesanía y blandura de su trato, como por sus hechos admirables. El día de sus funerales, que fueron magnífica ovación de toda la capital, sin distinción de partidos, oímos á un anciano que preguntaba: “¿ Habrá entre estos jóvenes quienes reemplacen á los grandes hombres que se nos están yendo? ”